

EZEQUIEL DEL LUTRI

# malaventuranzas

opus nigrum



VESTALES

Dellutri, Ezequiel  
Malaventuras, 1.<sup>a</sup> ed., San Martín: Vestales, 2015.  
176 p.; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-3863-02-8

1. Narrativa Argentina. 2. Novela Policial . I. Título  
CDD A863

VESTALES AGRADECE A EDUVIM EL HABER HECHO POSIBLE QUE  
*MALAVENTURANZAS* SE EDITARA POR OPUS NIGRUM JUNTO CON EL  
RESTO DE LOS LIBROS DE LA SERIE DEL DETECTIVE GILLETTE.

Diseño de cubierta e interiores: Editorial Vestales

© Editorial Vestales, 2015

Cantilo 946, San Martín  
provincia de Buenos Aires, Argentina  
info@vestales.com.ar  
www.vestales.com.ar

ISBN 978-987-3863-02-8

Hecho el depósito que previene la ley 11.723  
Impreso en la Argentina.

Este libro se terminó de imprimir en el mes de febrero de 2015 en Gráfica LAF  
SRL, Monteagudo 741, Villa Lynch, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Esta novela resultó finalista del Premio de Novela Azabache 2013. Recibió, además, una mención especial por haber sido el autor, durante dos años consecutivos, finalista del premio con novelas de la misma serie.



## **Antes de que yo llegara a esta historia**

Las cenizas eran como luciérnagas en el aire; las llamas, como dedos demoníacos que arañaban las entrañas de la noche.

Respiró hondo. Allí estaba su obra, una labor simple pero efectiva. Por unos segundos, sintió satisfacción y, después, llegó el vacío. No lo había pensado antes, pero ahora lo sabía: tenía que seguir hasta el final.

**Primer día: lunes 13 de abril.  
Descubro por qué es una buena idea  
prescindir de la bañera**

Que en las iglesias pasan cosas extrañas, lo sé desde hace tiempo, pero que las prendan fuego, eso uno lo espera en países civilizados como Noruega o la Alemania nazi, pero no acá, donde hay instituciones que deberían arder con más urgencia.

Así que, cuando vi el reporte en el noticiero, me llamó la atención que, a unas cuerdas de mi casa, alguien hubiese tenido la extraña idea de quemar una parroquia. Supuse que, por falta de planificación, no había logrado hacerla arder hasta los cimientos, pero la verdad era que se la veía bastante deteriorada. El notero dijo que aún se desconocían los motivos del hecho, no obstante daba por descontado que el incendio había sido provocado: no se trataba de un mero accidente.

Al menos, me dije, eso resuelve un enigma, tal vez el más sencillo pero no por eso menos interesante: por qué sonó insistentemente la sirena de los bomberos durante la madrugada.

Traté de recordar el lugar exacto en el que se encontraba la parroquia. Calculé que me separaban de ella unas veinticinco cuadras, treinta como máximo.

Busqué las zapatillas por toda la casa, detrás de cada mueble viejo, en cada oscuro rincón. Por fin, las encontré debajo de la mesa de la cocina.

Detesto a los curiosos, esas personas que se mueven solo por el morbo, con el evidente deseo de regodearse en la tragedia del prójimo. Así que, mientras sacaba la bicicleta para ir a ver lo que había quedado de la capilla, traté de convencerme de que no formaba parte de aquel grupo: mi interés era netamente profesional. Soy escritor y no de cualquier tipo: mis dos únicos éxitos –moderados, pero, cuando uno se acostumbra a la mediocridad, hasta lo moderado puede resultar exitoso– los obtuve con novelas policiales. Mi editor sigue creyendo que publica ficciones, sin embargo, se equivoca: se trata solo de las crónicas de mis experiencias al acompañar a un particularísimo detective de San Miguel.

Pese a todos mis intentos por demostrarme a mí mismo que mi interés en el incendio era solo una cuestión profesional, desistí a las pocas cuadras. Es un problema, pero cada vez me cuesta más mentirme a mí mismo.

La parroquia estaba frente a una rotonda que tenía algunos bancos de cemento y dos o tres plantas que sufrían

del frío de la mañana otoñal. Como casi todo en San Miguel, la construcción no era un dechado de creatividad: una torre, una escalinata, una puerta doble y grande. Lo que se dice estándar.

Quedaban unos pocos curiosos; la mayoría estaban más interesados en el móvil de televisión que en la parroquia quemada, lo que me dio una cierta ventaja al acercarme al cordón policial.

—¿Simón León? —me interpeló un oficial—. Allá está su amigo.

No sabía de dónde me conocía, ni de qué me hablaba, pero, cuando levantó la cinta amarilla para dejarme pasar, me agaché y la atravesé con movimientos que habrían sido ridículos hasta en un orangután. Es el problema de ser grandote: las cosas nunca salen fluidas.

Estaba pensando en qué hacer a continuación cuando vi al detective Jeremías Jeremías con la mirada perdida en el edificio que todavía humeaba. Tenía las manos en los bolsillos de un traje marrón oscuro.

—No pensé que lo encontraría por acá —le dije. Pese a que hacía meses que no nos veíamos, ni siquiera se dio vuelta para contestarme.

—Ese es su problema, Simón. Usted no debería pensar. No está hecho para eso.

No era una agresión, solo una observación. Jeremías *Gillette* Jeremías jamás insultaba a nadie; el ser humano le resultaba por completo indiferente.

—Pensé que usted solo investigaba homicidios. En la televisión dijeron que no hubo víctimas.